

# El terrorismo es eficaz en la teor3a, pero no en la pr3ctica

## Terrorism works in theory, but not in practice

**Max Abrahms**

Profesor de Ciencia Pol3tica, Northeastern University (Boston)  
*m.abrahms@neu.edu*

**Resumen:** Una creencia generalizada en los estudios sobre terrorismo es lo que denomino el «modelo estrat3gico», el cual postula que los grupos adoptan el terrorismo porque este constituye la mejor opci3n para satisfacer sus reivindicaciones. M3s concretamente, el modelo estrat3gico sostiene que el ataque a civiles mediante acciones terroristas constituye un m3todo exitoso para grupos que presionan a los gobiernos para que cumplan sus exigencias pol3ticas. Pese al predominio de esta perspectiva racionalista, su base emp3rica es en realidad muy d3bil. Ante el terrorismo, los pa3ses objetivo rara vez ofrecen concesiones estrat3gicas a aquellos que perpetran los atentados. Por el contrario, suelen afianzar a3n m3s su posicionamiento pol3tico para pasar a desarrollar su ofensiva. Este art3culo analiza los motivos por los que muchos acad3micos asumen que el terrorismo es 3til pese a su futilidad pol3tica.

**Palabras clave:** terrorismo, resiliencia, negociaci3n, teor3a de las relaciones internacionales

**Abstract:** *In the study of terrorism, there is a widespread belief that I call the "Strategic Model". It posits that groups adopt terrorism because it offers the best chance of having their grievances redressed. More specifically, the Strategic Model maintains that attacking civilians with acts of terrorism is a successful way for groups to pressure governments into meeting their political demands. Despite the prevalence of this rationalist perspective, it actually rests on very weak empirical foundations. In the face of terrorism, target countries seldom make strategic concessions to the perpetrators of the attacks. On the contrary, they generally dig in their political heels and go on the offensive. This article looks at why so many scholars assume that terrorism pays despite its political futility.*

**Key words:** *terrorism, resilience, bargaining, international relations theory*

Durante la Guerra Fría, a Occidente no solo le preocupaba la posibilidad de un ataque nuclear soviético, sino también que el comunismo triunfara en el mundo. En la actualidad, con la aparición de la organización Estado Islámico (EI) y de otras facciones islamistas, la población de todo el mundo teme no solo la violencia terrorista, sino también que sus gobiernos se vean forzados a entrar a formar parte de una versión moderna de califato. Incluso antes del surgimiento de EI en junio de 2014, algunos expertos habían expresado su temor a una «yihad a escala mundial» que condujera a la «creación de un califato universal» (Goldberg, 2010). Como es lógico, los grupos terroristas de todo el mundo suelen presentar unas exigencias mucho más limitadas, entre las que se incluyen desde rescates hasta permutas de prisioneros o una mayor inclusión del grupo terrorista en el proceso político. Considerando lo que hay en juego, los investigadores tienen mucho que decir sobre si el terrorismo constituye una táctica ganadora (*winning tactic*) para los que lo perpetran, en el sentido de permitirles conseguir sus exigencias. Nadie cuestiona que el terrorismo sea eficaz en muchos otros sentidos. El terrorismo, por definición, consigue llamar la atención e infundir miedo; por lo tanto, si se mide el éxito del terrorismo en base a estos aspectos, puede decirse que la táctica tiene un porcentaje de éxito del 100%. El terrorismo es también indudablemente eficaz a la hora de infligir daños económicos, dado que obliga a los gobiernos a reaccionar de forma desproporcionada y ahuyenta a los turistas (Mueller, 2006). Asimismo, es innegable que el terrorismo puede contribuir a que los grupos ganen adeptos, al menos entre aquellos que ya están radicalizados. Si bien incluso organizaciones como EI cuentan con un minúsculo número de miembros en comparación con otros grupos no violentos, la violencia terrorista es capaz de atraer nuevos miembros de organizaciones rivales, como por ejemplo el Frente al-Nusra en Siria, cuyo posicionamiento es más moderado (DeNardo, 1985; Chenoweth y Lawrence, 2010; Abrahms, 2015a).

El debate en el ámbito académico se centra en la utilidad del terrorismo como instrumento de coacción y, concretamente, en si el hecho de provocar daños a civiles sirve a los actores no estatales para conseguir concesiones de los gobiernos. Este debate ha perdurado en el tiempo porque la principal teoría sobre terrorismo ha tratado en vano de encontrar un sustento empírico al mismo. La creencia generalizada sobre terrorismo constituye, así, lo que denomino el «modelo estratégico» del terrorismo (Abrahms, 2008; véase también Chenoweth *et al.*, 2009). Este modelo postula que aquellos que hacen uso del terrorismo se comportan como actores políticos racionales que atentan contra objetivos civiles por la eficacia inigualable de estas acciones a la hora de presionar a los gobiernos para que satisfagan sus demandas (Pape, 2003 y 2005; Kydd y Walter, 2006; Lake, 2002). Pese al predominio de esta teoría dentro de la ciencia política, las pruebas

empíricas correspondientes han resultado ser insuficientes. No solo es considerablemente reducido el número de grupos terroristas que consiguen satisfacer sus exigencias políticas, sino que además la táctica del terrorismo parece reducir las posibilidades de alcanzarlas. En lugar de suavizar la actitud de los gobernantes para que se vuelvan más flexibles en el ámbito político, los atentados a civiles parecen dar más poder a los sectores que prefieren optar por una línea dura que se oponga por completo a hacer concesiones. Esta desconexión entre teoría y práctica hace que surja lo que denomino el «rompecabezas del terrorismo»; es decir, la paradoja de por qué actores no estatales atacan a civiles si la rentabilidad política es tan escasa.

Las tres secciones siguientes muestran cómo el «modelo estratégico» del terrorismo es más sólido a nivel teórico que empírico, lo que da lugar a nuevas cuestiones relacionadas con los motivos por los que actores no estatales emplean esta táctica. La primera sección explica los orígenes intelectuales del modelo y su atractivo para los especialistas en ciencia política como teoría para entender el terrorismo; en este apartado se destaca que la capacidad de atracción del paradigma predominante ha permanecido con independencia de su apoyo empírico. La segunda sección examina la base empírica del «modelo estratégico» y muestra cómo, a pesar de los desafíos conceptuales y metodológicos que supone demostrarlo, el terrorismo es por lo general una táctica ineficaz –incluso contraproducente– para la consecución de objetivos políticos por parte de los perpetradores. La tercera y última sección explora las implicaciones que tendría en el ámbito de la investigación considerar que el terrorismo es una táctica *subóptima* para conseguir que los gobiernos hagan concesiones, en contra de lo que sostiene la creencia generalizada.

## Por qué es eficaz el terrorismo en la teoría

En teoría, los grupos que emplean el terrorismo lo hacen porque este les ayuda a alcanzar sus demandas. En la década de 1980, Nicholas Berry (1987: 7) argumentó con relación al terrorismo que «si no tuviera [estos] resultados esperados (...) dejaría de ser una estrategia política». En su libro *Why Terrorism Works*, Alan Dershowitz (2002: 86) sostuvo que el terrorismo «es eficaz», por lo que se trata de «una opción totalmente racional para conseguir un objetivo político». De manera más formal, David Lake (2002: 20) presentó la teoría de que el terrorismo es una táctica «racional y estratégica» porque permite a los terroristas «obtener tratos más ventajosos». Andrew Kydd y Barbara Walter (2006: 264), por su parte, afirmaron también que los grupos terroristas «son sorprendentemente exitosos en la

consecución de sus objetivos». Asimismo, Robert Pape (2003: 343) apoyó la idea de que «el terrorismo suicida ha venido aumentando en gran parte porque los terroristas han aprendido que da frutos» en base a «valoraciones razonables de la relación entre los esfuerzos coercitivos de los terroristas y los beneficios políticos conseguidos» (Pape y Feldman, 2010: 61 y 64-65). Pese a que el trabajo de Pape se limita al terrorismo suicida, suele citarse como prueba de que el terrorismo es en líneas más generales «eficaz para la consecución de objetivos políticos por parte de un grupo terrorista» (véase, por ejemplo, Kydd y Walter, 2006: 49). Estos y otros reconocidos investigadores suscriben las tesis del «modelo estratégico», según el cual el terrorismo es una táctica ganadora para que los grupos que se consideran agraviados por el Gobierno correspondiente consigan satisfacer sus demandas, al obligar a este a hacer concesiones.

El «modelo estratégico» se basa en la teoría de la negociación (*bargaining theory*), la cual se enmarca en el campo de las relaciones internacionales y pone el énfasis en cómo la violencia ayuda a los *actores desafiantes* a forzar concesiones al darse crédito a sus amenazas en una situación de confusión. Como producto de la Guerra Fría, la teoría de la negociación se ha centrado tradicionalmente en conflictos entre estados, no en desafíos iniciados por actores no estatales; no obstante, desde el 11 de septiembre de 2001, los teóricos de la negociación han venido empleando cada vez más la misma lógica para explicar el valor estratégico de la violencia para los actores no estatales. En esta teoría se considera que la violencia ayuda a los estados desafiantes a conseguir sus preferencias específicas (Byman y Waxman, 2002: 10; Baldwin, 2000: 104; George, 1991: 7; Slantchev, 2005: 533). Lake (2010) resume del siguiente modo la creencia generalizada derivada de la teoría de la negociación: «como norma general, cuanto mayor sea la amenaza de violencia o la violencia infligida por A (el *coaccionador*), más probable será que B (el *objetivo*) cumpla las exigencias de A. Esta es la forma dominante de concebir el poder en las relaciones internacionales». Es comúnmente aceptado que si los estados desafiantes intensifican el uso de la violencia, esto les ayudará a forzar el cumplimiento de sus exigencias, ya que aumentará la credibilidad de sus amenazas.

En el centro de esta concepción figuran las ideas pioneras de Thomas Schelling sobre cómo dicha intensificación es una señal para el desafiado de que el desafiador tiene voluntad y capacidad de castigarlo por no satisfacer sus demandas.

En primer lugar, la teoría de la negociación explica cómo esta escalada dota de mayor credibilidad a las amenazas en la medida en que muestra que el actor

desafiante está dispuesto a cumplirlas. En la década de 1960, Schelling (1960 y 1966) presentó su famosa teoría de que los estados poseen información privada relativa al punto al que están dispuestos a llegar para ganar un conflicto. Como el hecho de luchar no está exento de costes, la escalada violenta sirve para diferenciar a los farsantes de aquellos verdaderamente comprometidos. Encabezado por Fearon (1994b y 1995), a mediados de la década de los noventa se llevó a cabo un completo programa de investigación que reveló la base estratégica de dicha escalada mediante el desarrollo de microfundamentos más sólidos de los costes asociados a la guerra o, incluso, a la amenaza de la misma. Los costes más claros del combate se expresan en términos de pérdidas humanas y económicas; al disminuir unos recursos humanos y financieros finitos, la guerra conlleva «costes irrecuperables», incluso para aquellos que triunfan. La escalada de violencia indica determinación en la medida en que requiere que se sacrifiquen tales recursos; cuanto mayor sea el sacrificio, mayor se presupone el interés por prevalecer. Si se compara con las sanciones económicas, por ejemplo, el uso de la fuerza figura en la bibliografía existente como una señal más creíble de determinación por los elevados costes que tiene que soportar el contendiente (Morrow, 1999; Powell, 1987). El combate no solo supone un coste humano y económico para los estados desafiante, también pone en peligro esas «dotaciones» (*endowments*) mediante aquello que Schelling (1960: cap. 6) describió como «dejar algo al azar». Los teóricos de la negociación han adoptado este punto de vista para mostrar cómo la intensificación de la violencia añade credibilidad a las amenazas, al exigir a los estados la cesión del control sobre el proceso y el resultado del conflicto, lo cual genera un riesgo autónomo de desarrollo de acontecimientos que pueden suponer un coste incluso mayor (véase, por ejemplo, Powell, 1990). Por último, una influyente rama de la teoría de la negociación amplía las ideas de Schelling sobre los «costes de audiencia» (*audience costs*) y revela cómo la escalada puede hacer que los estados desafiante acumulen costes de terceros estados. La relación entre escalada de violencia y costes es nuevamente positiva, según lo expuesto por Fearon: «cuanto mayor es la escalada, más humillante es el consentimiento y mayor el descontento de la audiencia» (1994b: 580). En este sentido, la teoría de la negociación destaca la existencia de múltiples costes para los estados desafiante asociados a la intensificación de la violencia, la cual exige determinación, que aumente la credibilidad de sus amenazas y, por consiguiente, que añada presión sobre aquellos que se defienden para que hagan concesiones.

En segundo lugar, los teóricos de la negociación destacan que la escalada también da credibilidad a las amenazas al infligir costes sobre el que se defiende. Schelling (1966: 3) estableció que el dolor físico es la señal más creíble del «poder de hacer daño» por parte de los *desafiadores* en un mundo en el que la información se distribuye de forma asimétrica. Al emplear una medida de fuerza, el

Estado desafiante muestra que su amenaza no es en vano. Powell (1990: 7) y otros investigadores demuestran cómo, en una situación de desgobierno, «la capacidad punitiva de un Estado es su habilidad para infligir costes sobre un adversario». A la inversa, la moderación en una crisis provoca incertidumbre sobre la capacidad del que desafía de imponer costes al que se defiende a través de una oposición continuada (Walter, 2009). La teoría de la negociación pronostica que los estados desafiantes conseguirán mayor poder de coacción elevando los costes de resistencia; como actores racionales, se espera que aquellos que se defienden pasen a ser más flexibles al revelar sus adversarios una mayor capacidad de castigo y de causar mayor sufrimiento (Lebow, 1996). Según la lógica racionalista estándar, la coacción funciona en último término cuando los costes previstos para el que se defiende superan su interés por resistirse a las exigencias. Como describe George (1991: 11), «la tarea principal de una estrategia de coacción es crear en el oponente

**Al igual que para los estados, en el caso de actores no estatales el empleo del terrorismo supone, sin duda alguna, una señal creíble de determinación según los argumentos convencionales de la teoría de la negociación.**

unas expectativas de costes con una magnitud suficiente como para erosionar su motivación por continuar con lo que está haciendo». Byman y Waxman (2002: 10) amplían esta idea: «la coacción debería funcionar cuando el sufrimiento previsto asociado a una amenaza supera al beneficio previsto de resistirse».

En resumen, un legado clave de Schelling es que la escalada de violencia contribuye a promover concesiones al otorgar credibilidad a las amenazas en una situación de anarquía mediante muestras de que el que desafía tiene tanto la voluntad como la capacidad de castigar la intransigencia ante sus demandas.

Fueron relativamente escasos los politólogos que estudiaron el fenómeno del terrorismo con anterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Durante décadas, la escuela realista de las relaciones internacionales había centrado el campo de estudio en los actores estatales, más que en los no estatales. Tras los ataques del 11-S, los académicos se lanzaron sobre este vacío en la investigación, aunque armados con una información empírica sorprendentemente escasa. Pese a ello, la teoría de la negociación parecía ofrecerles un marco adecuado para comprender el comportamiento de los actores no estatales, sobre todo de aquellos ya involucrados en actividades terroristas. De este modo, nació el «modelo estratégico» del terrorismo (Berman y Laitin, 2008; Kydd y Walter, 2006; Lake, 2002). Al igual que los estados, los actores no estatales operan en un espacio internacional competitivo de información imperfecta, en el que disponen, ellos también, de un incentivo para exagerar sus amenazas a fin de alcanzar sus objetivos prioritarios. Mediante la escalada de violencia –en este caso contra civiles–,

los terroristas también se infligen costes a sí mismos y al objetivo (*target*), lo cual revela su compromiso y capacidad de castigo. De esta forma, los terroristas muestran la amenaza que suponen y aumentan la presión sobre los objetivos para que cumplan sus exigencias.

En el caso de actores no estatales, el empleo del terrorismo supone, sin duda alguna, una señal creíble de determinación según los argumentos convencionales de la teoría de la negociación. Es cierto que los actos terroristas suponen un coste elevado para sus responsables en términos humanos y económicos, si se comparan con opciones tácticas menos extremistas. En su investigación histórica sobre formas de protesta, Erica Chenoweth y Adria Lawrence (2010: 256-257) observan que, «aunque la lucha no violenta rara vez está exenta de víctimas, el precio de participar (y de ser capturado) en la lucha armada suele ser la muerte. La probabilidad de morir en el cumplimiento de las obligaciones como insurgente armado es alta, mientras que existen muchas tácticas de menor riesgo a disposición de los participantes en campañas de resistencia no violenta». De hecho, los investigadores consideran mayoritariamente que, en comparación con la participación en actos terroristas, la resistencia no violenta invita a una menor represión y peligro físico por parte del Estado. Por este motivo, la protesta violenta suele analizarse como un problema de acción colectiva (véanse DeNardo, 1985; Gould, 1995; Weinstein, 2007). Es obvio que la elevada probabilidad de sacrificio de miembros terroristas demuestra el compromiso de estos; no obstante, también muestra el de la organización a la que pertenecen, la cual está evidentemente preparada para sacrificar no solo recursos humanos fundamentales, sino también miembros que, por su determinación, habrían sido muy valiosos en otras funciones clave (Berman y Laitin, 2008: 7). La participación de miembros tan decididos es siempre un bien escaso, con independencia de lo que los líderes de estos grupos puedan pensar al respecto (DeNardo, 1985). Gould (1995: 204) capta del siguiente modo la esencia de esta cuestión: «mientras que puede que los activistas encuentren pocas dificultades para persuadir a un conocido para que firme una petición, sería enorme la dificultad de convencer a dicha persona para que se expusiera a riesgos de lesión, muerte o prisión». La repugnancia moral que supone el asesinato de civiles también hace que la cantera de potenciales terroristas sea poco numerosa, lo que aumenta el coste de perder un solo terrorista (para una argumentación relacionada, véanse Chenoweth y Lawrence, 2010: 255; DeNardo, 1985: 58). Asimismo, entre los costes de emplear el terrorismo se incluyen naturalmente los económicos, tanto en términos de llevar a cabo las operaciones como de hacer frente a las represalias. Añadido a los costes irrecuperables que conlleva el uso del terrorismo, el trabajo de John Mueller (2006) detalla cómo la adopción de esta táctica deja algo al azar, al suscitar respuestas desproporcionadas por parte de los gobiernos. La historia está repleta de

ejemplos en los que partes implicadas optan por una escalada terrorista a sabiendas de que el sufrimiento adicional provocado en el objetivo podría disparar las probabilidades de terminar pagando un precio excesivo. De hecho, se suele decir que los atentados terroristas no obligan a que los gobiernos cumplan las exigencias, sino que provocan una reacción desproporcionada por parte de estos (Fromkin, 1975). Los líderes tribales afganos advirtieron a Osama bin Laden de que no perpetrara los atentados del 11-S por la incertidumbre relativa al alto precio que tendrían que pagar por la reacción de Estados Unidos (Comisión del 11-S, 2004: 251). Dicha asunción de riesgos exige un compromiso innegable, ya que los terroristas deben estar preparados para soportar cualquier forma de represalia que el Gobierno imponga. Por último, es evidente que los actores no estatales que hacen uso del terrorismo están dispuestos a consentir también los costes de terceros, es decir, los costes de la audiencia (*audience costs*). A este respecto, el terrorismo es quizá la táctica que más ofende a otros grupos de actores, más allá de su objetivo inmediato. Según las observaciones de Jeremy Weinstein (2007: 206), «no hay duda de que los grupos que emplean la violencia contra objetivos civiles soportan como consecuencia costes significativos. La violencia indiscriminada (...) daña la reputación del grupo tanto dentro como fuera del país». Por todos estos costes para los actores no estatales identificados en la teoría de la negociación, los investigadores parecen estar de acuerdo en que el uso del terrorismo mejora la credibilidad de sus amenazas al demostrar determinación (véanse, por ejemplo, Hoffman y McCormick, 2004; Hultman, 2005; Kydd y Walter, 2006; Pape, 2005; Weinstein, 2007).

El terrorismo también dota de credibilidad a las amenazas al mostrar que actores no estatales que desafían al Estado tienen poder para hacer daño. Los especialistas en terrorismo reconocen las dificultades de determinar los recursos de los grupos terroristas (Schmid y Jongman, 1988: 488); por este motivo, sus tácticas resultan igualmente reveladoras. En comparación con el terrorismo, las tácticas moderadas como, por ejemplo, las huelgas, boicots al consumo, las ocupaciones y las sentadas exigen poca capacidad física en términos de agilidad, resistencia o fuerza (Chenoweth y Lawrence, 2010: 254); tampoco precisan de armas, munición, explosivos o formación para saber manipularlos. Así que, confiar en la no violencia no resuelve la cuestión fundamental, en una situación de anarquía, de si el desafiador supone una amenaza física legítima, mientras que en el caso del terrorismo, aquel no deja dudas de que es capaz de hacer pagar al objetivo (DeNardo, 1985: 36). En los últimos años, los investigadores han estudiado detenidamente la relación empírica entre las capacidades organizativas y el terrorismo. El terrorismo es, efectivamente, un «arma de los débiles», aunque solo en el sentido de que los que lo practican son actores no estatales y, por lo tanto, tienen menos capacidad que los gobiernos a los que se oponen. Abrahms (2006) y Gambetta (2005) muestran



que los grupos militantes de sus estudios adoptaron el terrorismo, por lo general, cuando eran más fuertes. Asal y Rethemeyer (2008), por su parte, revelan que el número de miembros y demás recursos organizativos son importantes elementos de predicción de la capacidad letal del terrorismo. Un estudio de caso sobre Al Qaeda confirma esta cuestión describiendo de forma detallada cómo su capacidad de provocar terror alcanzó su punto máximo gracias a su capacidad organizativa (Eilstrup-Sangiovanni y Jones, 2008). En cambio, Horowitz (2010: 37) pone de manifiesto que en ocasiones los grupos desean emplear el terrorismo, pero son demasiado débiles para llevar a cabo atentados. Según estos datos empíricos, los modelos convencionales suelen emplear el terrorismo como un indicador de la capacidad del grupo, de manera que una mayor letalidad es señal de una mayor capacidad de infligir castigo (Lapan y Sandler, 1993; Overgaard, 1994).

Cuando los académicos aplican la teoría de la negociación al fenómeno del terrorismo, es lógico que deduzcan que la violencia debería servir a los actores no estatales para obligar a un Gobierno a que cumpla sus demandas. Kydd y Walter (2006: 59-60) mantienen que, «cuanto mayores sean los costes que es capaz de infligir una organización terrorista, más creíble será su amenaza de infligirlos en el futuro y mayor la probabilidad de que el objetivo otorgue concesiones». Pape (2003: 28), de igual modo, sostiene que el terrorismo suicida «potencia al máximo la influencia de la coacción». Hoffman y McCormick (2004: 250) también se inspiran de forma explícita en la teoría de la negociación y pronostican que los grupos terroristas conseguirán una «influencia en la mesa de negociación» proporcional a la capacidad letal de sus ataques. Este proceso de negociación suele modelarse, dado que los gobiernos modifican sus posturas respecto a otorgar concesiones en base a los recursos que se les presuponen a los terroristas, lo que se expresa en el número de víctimas civiles capaces de provocar (Lapan y Sandler, 1993; Overgaard, 1994). Como reflejo de la lógica racionalista estándar aplicada a los estados desafiantes, se espera que los estados desafiados cumplan con las exigencias cuando el coste previsto de la violencia terrorista sea superior a su interés por resistirse a dichas exigencias. Según Pape (2005: 30), el terrorismo es exitoso al crear «costes civiles cada vez mayores para abrumar el interés del Estado objetivo por la cuestión en disputa y, de este modo, hacerlo ceder a las demandas políticas de los terroristas». En la sección siguiente, sin embargo, se presentan pruebas empíricas cada vez más numerosas —contrarias a las predicciones del «modelo estratégico»— de que, pese a elevar las amenazas, la intensificación de la violencia contra la población civil por parte de los *desafiadores* no estatales parece impedir su éxito negociador. Aunque la comprobación de la eficacia del terrorismo plantea numerosos retos metodológicos, existen evidencias empíricas que indican que el terrorismo constituye un instrumento ineficaz, e incluso contraproducente, de coacción.

## ¿Es eficaz el terrorismo en la práctica?

La comprobación empírica del valor de coacción del terrorismo se complica debido a dos grandes desafíos metodológicos. El primer desafío tiene que ver con la codificación de la variable dependiente u objeto de estudio. Históricamente, las bases de datos sobre terrorismo han desatendido la codificación de los resultados políticos de las campañas asimétricas, la unidad estándar de evaluación del valor táctico. Los investigadores que han analizado la eficacia del terrorismo han codificado ellos mismos los resultados políticos de estas campañas, lo cual les ha valido acusaciones de sesgo de confirmación (*confirmation bias*) (Moghadam, 2006; Rose *et al.*, 2007). Además, puntuar la medida en que los terroristas cumplen sus fines políticos no es tarea fácil objetivamente hablando, por motivos inherentes a la compleja naturaleza del actor desafiante. Es notoria la capacidad de los terroristas para presentar exigencias políticas ambiguas y cambiantes o incluso, a veces, no presentar ninguna (Schelling, 1991). El desacuerdo sobre la eficacia del terrorismo puede depender, por lo tanto, de pequeñas disputas empíricas relativas a si los terroristas consiguen los objetivos estratégicos deseados o no. Alan Dershowitz (2002) y Robert Pape (2003), por ejemplo, mantienen que el terrorismo es eficaz, como se puede observar en el caso de los logros políticos de Palestina; mientras que Max Abrahms (2006) y Assaf Moghadam (2006) califican el terrorismo palestino como un fracaso. Este desacuerdo también radica en la consideración de si Al Qaeda –y sus «franquicias», el Ejército Republicano Irlandés (IRA, por sus siglas en inglés) –y sus escisiones– o los Tigres Tамиles –y sus organizaciones rivales– han conseguido sus objetivos políticos, lo cual enturbia las valoraciones relacionadas con el valor táctico general del terrorismo (Chenoweth *et al.*, 2009; Rose *et al.*, 2007). A la confusión relacionada con la operacionalización y codificación de la variable dependiente se añade el hecho de que los terroristas pueden tener un horizonte temporal prolongado (Lake, 2002). Lashkar-e-Taiba, por ejemplo, ha fracasado así en su objetivo declarado de extender el dominio del islam por toda la India; no obstante, este grupo podría, algún día, arrebatar el control de la Cachemira india. Aunque las campañas terroristas a menudo se prolongan durante décadas sin resultados políticos perceptibles, tan largo período de tiempo es, quizás, aceptable para aquellos que se encuentran comprometidos con la causa.

En cuanto a los aspectos metodológicos, los investigadores han tratado las campañas terroristas en curso o bien de forma específica e independiente, excluyéndolas del análisis –lo que ha provocado un aumento artificial de la tasa de coacción–, o bien incluyéndolas en el análisis –lo que la ha disminuido (véase, por ejemplo, Pape, 2003). Medir y codificar los avances políticos es también problemático, si los terroristas expresan la intención de obtener demandas poco realistas, aunque sea una pequeña parte de ellas. De hecho, los grupos terroris-

tas tienden a quedarse cortos en la consecución de sus demandas estratégicas, pudiendo no obstante conseguir ciertos progresos en forma de acuerdos parciales con los gobiernos. Una variable dependiente ordinal puede contribuir a captar dichos niveles intermedios de éxito negociador; sin embargo, la ponderación de los resultados políticos introduce de forma inevitable un elemento de subjetividad (Rose *et al.*, 2007). Para reducir al mínimo estas espinosas cuestiones metodológicas, los economistas suelen utilizar como variable dependiente la opinión pública, en vez de los resultados de las políticas (Berrebi y Klor, 2008; Gould y Klor, 2010). No obstante, la primera es solo una representación indirecta de la segunda; cuando los países están sometidos al terror, el electorado puede cambiar hacia la izquierda o la derecha sin que se modifiquen las políticas.

El segundo desafío metodológico está relacionado con la codificación de variables independientes, en particular el terrorismo frente a otras tácticas no estatales. A nivel conceptual, los académicos han desarrollado una nomenclatura muy detallada para distinguir el terrorismo de otras formas de resistencia. La mayor parte de los investigadores europeos y norteamericanos definen el terrorismo como el uso de la violencia por parte de actores no estatales, en particular contra objetivos civiles. Cuando las personas que sufren daños físicos son personal militar, servicios de seguridad y demás funcionarios del Estado, las tácticas cada vez se diferencian más de los actos terroristas y son consideradas como ataques militantes, insurgentes o de guerrillas, en grados ascendentes de especificidad (Abrahms, 2006; Schmid y Jongman, 2005). Cuando nadie sufre daños físicos en un incidente coercitivo, la táctica suele diferenciarse como resistencia no violenta, acción directa o complot terrorista fallido en grados ascendentes de extremismo (Chenoweth y Stephan, 2011; Taylor, 1998). Sin embargo, las pruebas empíricas del valor de coacción del terrorismo se han especificado mucho menos y, por lo tanto, enfrentan dificultades a la hora de aislar los efectos tácticos independientes.

Varios investigadores sostienen que el terrorismo contribuye a coaccionar a los gobiernos para el cumplimiento de las demandas, pero a continuación destacan casos de campañas asimétricas contra personal militar que evitan atacar a civiles (Pape, 2003 y 2005). Para corroborar su opinión de que el «terrorismo es a menudo eficaz», Kydd y Walter (2006: 49) destacan cómo los marines estadounidenses abandonaron el Líbano tras un ataque a sus acuartelamientos en octubre de 1983. Sin embargo, la mayor dificultad metodológica reside en que los actores no estatales emplean tácticas híbridas, lo que plantea ciertos problemas a la hora de señalar con precisión sus efectos específicos. Para exigir concesiones políticas de Israel, por ejemplo, Fatah, Hamas y Hezbolá han dirigido su violencia tanto contra la población civil como militar, respaldando a su vez las iniciativas de resistencia civil antisionista. Extraer las consecuencias políticas de cada una de

las tácticas puede ser difícil cuando se emplean de forma conjunta. Sin embargo, la variación en su utilización también resulta analíticamente problemática si las tácticas no se adoptan de forma aleatoria, ya que esto plantea el problema acerca de los aspectos de la selección que conducen al resultado político. Si los actores no estatales gravitan hacia el terrorismo cuando las posibilidades de victoria parecen ser escasas, entonces su uso puede ser endógeno al fracaso político y, por tanto, un epifenómeno del resultado negativo de la coacción. Mantener fijo el contexto estratégico es el principal reto metodológico de todo estudio sobre la coacción; pero esto resulta especialmente complicado si se considera el terrorismo como una notoria «arma de los débiles»<sup>1</sup>. Además de las capacidades de los *desafiadores* no estatales, sus exigencias estratégicas también pueden tener correlación con el uso del terrorismo u otras tácticas. El terrorismo es un medio extremo, pero a sus practicantes también se les conoce por albergar fines extremos; los terroristas se caracterizan por presentar objetivos políticos maximalistas que los gobiernos detestan satisfacer, como la adopción del comunismo o del islam radical como ideología nacional por parte de las democracias (Abrahms, 2006, 2012 y 2013). Por todo ello, a los investigadores les ha resultado difícil aislar los efectos independientes del terrorismo con respecto a otras tácticas alternativas.

De hecho, la mayoría de los estudios sobre la eficacia del terrorismo ni siquiera comparan este instrumento con otras alternativas (Crenshaw, 1998; Schelling, 1991). Los estudios sobre la coacción ofrecen un valor analítico limitado cuando no evalúan una táctica con respecto a otras (Baldwin, 2000). Algunos estudios sí comparan el terrorismo con otros métodos, pero estos otros son poco convincentes. Pape (2003), por ejemplo, compara la tasa de éxito político de las campañas de terrorismo suicida con la de las sanciones económicas, aunque las sanciones no constituyan un método viable para los grupos terroristas. En cambio, dado que la eficacia es un concepto intrínsecamente relativo, comparar sistemáticamente las tácticas terroristas con las alternativas a disposición de todos los que usan la violencia política beneficiaría a la investigación sobre terrorismo. En resumen, la evidencia empírica del valor coercitivo del terrorismo es complicada a nivel metodológico y exige precaución tanto en la generación como en la interpretación de las pruebas empíricas. Puede que este sea el motivo por el que, históricamente, los investigadores han evitado las pruebas empíricas. Crenshaw (1983: 5) observó que «la mayoría de los análisis han hecho hincapié en las causas y formas, en lugar

---

1. Tanto las investigaciones empíricas (Abrahms, 2006; Asal y Rethmeyer, 2008; Eilstrup-Sangiovanni y Jones, 2008; Gambetta, 2005) como las teóricas (Lapan y Sandler, 1993; Overgaard, 1994) sugieren que el terrorismo no es en realidad una notoria arma de los débiles.

de en las consecuencias del terrorismo». Gurr (1988: 125), por su parte, añadió que la eficacia de la política del terrorismo es «un tema sobre el que se ha desarrollado muy poca investigación a nivel nacional, ya sea de índole sistemática o de otro tipo». En distintas metodologías y disciplinas, no obstante, existe un corpus cada vez mayor de investigación empírica que revela que los atentados a civiles resultan ineficaces, incluso contraproducentes, para que los grupos consigan sus demandas estratégicas. El terrorismo puede contribuir a que las organizaciones satisfagan sus reivindicaciones en condiciones muy particulares, pero atacar a la población civil parece conllevar, por lo general, riesgos políticos considerables<sup>2</sup>.

Durante décadas, los especialistas han observado que el terrorismo casi nunca se traduce en un éxito político. En la década de 1970, Laqueur (1976) publicó «The Futility of Terrorism», donde afirmó que los que practican el terrorismo rara vez consiguen sus exigencias estratégicas. En los años ochenta, Cordes *et al.* (1984: 49) observaron que «los terroristas no han sido capaces de traducir las consecuencias del terrorismo en beneficios políticos concretos (...) En ese sentido el terrorismo ha fallado. Se trata de un fracaso fundamental». Crenshaw (1987: 15), en esta línea, también señaló cómo «pocas organizaciones [terroristas] consiguen realmente los objetivos ideológicos a largo plazo que afirman perseguir y, por tanto, se debe concluir que el terrorismo es objetivamente un fracaso». Ya en la década de los noventa, Schelling (1991: 20) proclamaba que «el terrorismo casi nunca parece conseguir algo significativo en el plano político». Más recientemente, estudios empíricos confirman que, en la historia reciente, solo unos pocos grupos terroristas han conseguido cumplir lo establecido en sus bases políticas (Abrahms, 2006; Cronin, 2009; Jones y Libicki, 2008). La gran mayoría de los grupos terroristas de las muestras de dichos estudios realizaron esfuerzos durante años, incluso décadas, sin ningún avance político perceptible. En cualquier caso, estos estudios casi con toda seguridad exageran las probabilidades de éxito político por dos razones: en primer lugar, las victorias terroristas sobrepasan mucho más que los fracasos; en segundo lugar, David

**El terrorismo puede contribuir a que las organizaciones satisfagan sus reivindicaciones en condiciones muy particulares, pero atacar a la población civil parece conllevar, por lo general, riesgos políticos considerables.**

---

2. Sorprendentemente, existen pocos estudios empíricos que discrepen. Incluso aquellos que describen una cierta utilidad estratégica del terrorismo tienden a concluir que este es políticamente contraproducente más allá de un cierto umbral de letalidad (por ejemplo, Gould y Klor, 2010; Wood y Kathman, 2014).

Rapoport (véase Datnphousse *et al.*, 2003: 175) calculó que al menos el 90% de los grupos terroristas duraban menos de un año, por lo que la mayoría de ellos quedaban excluidos de muchas bases de datos sobre terrorismo. En resumen, la investigación empírica ha establecido que el terrorismo está altamente correlacionado con el fracaso político, pese a las predicciones teóricas contrarias.

El terrorismo como táctica, sin embargo, no parece ser un epifenómeno del fracaso político. Por el contrario, la última generación de investigadores observa que la escalada de acciones violentas contra civiles realmente dificulta la consecución de las demandas de los *desafiadores*. Para evaluar la eficacia política del terrorismo, en un trabajo previo (Abrahms 2012) analicé la variación en la selección de objetivos de 125 campañas violentas de actores no estatales; argumenta que los grupos tienen una probabilidad significativamente mayor de forzar a los gobiernos a que cumplan con sus exigencias cuando su violencia está dirigida contra objetivos militares, en lugar de civiles, incluso tras controlar –por la variable «capacidad de los terroristas»– la naturaleza de sus demandas y otras cuestiones tácticas. De manera similar, Page Fortna (2015) observa que en las guerras civiles las probabilidades de que los grupos rebeldes tengan éxito en negociaciones disminuyen si estos usan el terrorismo para atacar a la población civil. Anna Getmansky y Tolga Sinmazdemir (2012) advierten que la posibilidad de que el Gobierno israelí, en particular, ceda terreno a los palestinos es mucho menor cuando estos cometen atentados terroristas. Cuando se trata de rehenes, Max Abrahms y Matthew Gottfried (2014) señalan que el asesinato de civiles reduce las oportunidades de los grupos militantes de obtener concesiones de los gobiernos, como rescates económicos o la liberación de prisioneros. De la misma forma, Chenoweth y Stephan (2011) consideran que los grupos de protesta pierden capacidad de negociación cuando intensifican sus actividades contra la población civil.

El terrorismo rara vez provoca que los ciudadanos de los países objetivo se asusten y apoyen a políticos más «blandos». Existen estudios sobre opinión pública que señalan que los ataques contra civiles tienden a elevar el apoyo popular a líderes de derechas que se oponen a la negociación con los terroristas. Berrebi y Klor (2008), por ejemplo, muestran que el terrorismo palestino hace aumentar el apoyo al Likud y a otros partidos de derechas. Gould y Klor (2010), por otra parte, revelan que los ataques terroristas palestinos más letales son los que tienen más probabilidad de inducir dicho giro electoral hacia posiciones más conservadoras. Estas tendencias parecen ser la norma internacional. Chowanietz (2011) analiza los cambios en la opinión pública en Francia, Alemania, España, Reino Unido y Estados Unidos, desde 1990 a 2006: en cada país objetivo, los atentados terroristas –en proporción a su letalidad– han cambiado el voto del electorado hacia partidos de derecha. Se han observado reacciones similares tras el asesinato de civiles por parte de Al Qaeda y sus franquicias o filiales en el Reino Unido,

Canadá, Egipto, Indonesia, Jordania, Filipinas, Rusia, Turquía y Estados Unidos (véanse, por ejemplo Mueller, 2006: 184 y 587; Wilkinson, 1986: 52). Existen también experimentos controlados que consiguen resultados parecidos y descartan asimismo la posibilidad de un efecto de selección (Abrahms, 2013). Berrebi (2009) señala en un texto de gran exactitud: «las víctimas del terrorismo, con escasas excepciones, aumentan el apoyo al bloque de partidos que se asocian a una postura más intransigente. Los investigadores pueden interpretar este hecho como otra prueba de que los ataques terroristas contra civiles no contribuyen a que las organizaciones terroristas consigan sus objetivos declarados». Al consolidar a los partidarios de la línea más dura, los atentados terroristas son también uno de los caminos más habituales que conducen a la desaparición de los grupos militantes (Cronin, 2009).

La organización Estado Islámico suele ser aclamada como grupo terrorista de extraordinario éxito (Berger y Morgan, 2015; McCants, 2015). No obstante, esta afirmación es problemática por dos razones: para empezar, muchos investigadores no consideran a EI como un grupo terrorista. Cronin (2015), por ejemplo, dice del grupo: «pese a que utiliza el terrorismo como táctica, no se trata en realidad de una organización terrorista en modo alguno». A diferencia de la mayoría de los grupos terroristas, EI puede presumir de tener decenas de miles de miembros, ocupa un territorio bastante grande, mantiene una capacidad militar similar a la de actores estatales, controla líneas de comunicación, rige unas infraestructuras considerables y se financia a través de impuestos, ventas de petróleo y otras fuentes poco frecuentes en grupos terroristas. Y lo que es aún más importante, EI no ha logrado, en realidad, coaccionar a ningún Gobierno para que se pliegue a sus exigencias. Pese a que ha empleado la fuerza bruta para imponer su régimen a ciudadanos iraquíes y sirios, la organización ha fracasado a la hora de obligar a otros gobiernos a cumplir sus exigencias políticas. Más bien lo contrario, cuando EI atacó a su población civil, los países afectados lo han hecho retroceder firmemente, tanto a nivel político como militar.

A modo de ejemplo, EI comunicó a Estados Unidos que decapitaría al periodista norteamericano James Foley por las operaciones militares estadounidenses desarrolladas contra este grupo en Irak. La respuesta de la Casa Blanca fue ampliar significativamente las operaciones militares contra la organización, no solo en Irak, sino también, por primera vez, en Siria. En lugar de cumplir las exigencias, Estados Unidos hizo todo lo contrario políticamente al pasar a la ofensiva. Francia respondió de la misma manera después de que los islamistas atacaran la redacción de *Charlie Hebdo* y un supermercado kosher en un tiroteo indiscriminado en enero de 2015. En lugar de ser disuadida de atacar a la organización Estado Islámico, Francia aumentó drásticamente su participación en la coalición militar contra EI, siendo un buen reflejo de esto el rápido despliegue del portaviones

Charles de Gaulle en el Golfo Pérsico, el cual facilitó la campaña de bombardeos sistemáticos contra este grupo. Jordania ha seguido este patrón antes y después de que la organización Estado Islámico atacara a sus ciudadanos. Al principio, este país mostraba una postura muy ambivalente en lo relativo a luchar contra EI, ya que no lo consideraba una amenaza real. En ese momento, Jordania era miembro de la coalición contra EI, aunque solo de forma testimonial. Sin embargo, cuando el piloto jordano Moaz al-Kasasbeh fue quemado vivo, el Reino Hachemita comenzó a efectuar bombardeos contra el grupo, ordenando incluso el despliegue de más aviones de caza para acelerar el ritmo de los bombardeos. La decapitación de 21 egipcios coptos en Libia tuvo el mismo efecto contraproducente en Egipto. Pese a que este país no era formalmente miembro de la coalición contra EI, El Cairo se presentó voluntario de inmediato para liderar una fuerza militar panárabe contra la organización. Irán tampoco se dejó intimidar por la violencia de EI dirigida a volverlo políticamente maleable. Por el contrario, la decisión de EI de masacrar en junio de 2014 a más de 1.500 chiíes desarmados en Camp Speicher, en Tikrit, provocó tal ira que sirvió para asegurar que las milicias chiíes iraníes en Irak siguieran contando con el apoyo de numerosos voluntarios para aplastar a este grupo. Incluso Japón se mostró más beligerante tras el asesinato de algunos de sus ciudadanos por EI. Desde 1947, el artículo 9 de la Constitución nipona prohíbe que Japón posea capacidad armamentística para entrar en guerra. No obstante, después de que EI decapitara a dos de sus ciudadanos en febrero de 2015, los japoneses cerraron filas para presionar por la eliminación del artículo 9 para poder ofrecer una mejor respuesta a amenazas como la planteada por EI. En resumen, la organización Estado Islámico constituye una «dura prueba» de la tesis aquí planteada de que el terrorismo es una táctica coercitiva ineficaz, e incluso contraproducente, a pesar de que este grupo es a menudo aclamado como un caso de rotundo éxito político (véase Abrahms, 2015b). Los atentados han generado mucho miedo y derramamiento de sangre; sin embargo, solo han animado a que los países objetivo se hayan afianzado aún más en sus posicionamientos políticos y persigan al grupo militarmente y aún con más determinación, una tendencia que podemos encontrar en numerosos ejemplos de grupos terroristas y países objetivo a lo largo del tiempo y en distintos lugares.

## Implicaciones para la investigación

El análisis anterior ha demostrado que el «modelo estratégico» del terrorismo es más sólido en el plano teórico que en el empírico. El modelo está anclado en la teoría de la negociación dentro de las relaciones internacionales, la cual postula



que la violencia constituye un comportamiento estratégico al dar credibilidad a amenazas en situaciones de anarquía. Aunque los efectos tácticos del terrorismo son difíciles de evaluar, la violencia política no parece funcionar a la hora de forzar a los gobiernos a hacer concesiones. De hecho, el registro empírico más bien indica de forma sistemática que el terrorismo conlleva importantes riesgos políticos para los actores no estatales. Esta observación no puede explicarse por una débil capacidad organizativa; la idea de que el terrorismo es el arma de los débiles no solo no encuentra apoyo en otros estudios, sino que grupos de una fortaleza poco habitual, como la organización Estado Islámico, también tienen grandes dificultades para inducir a los países objetivo a hacer concesiones<sup>3</sup>. El terrorismo es una táctica magnífica para convencer a los países objetivo de que bombardeen a sus responsables, más que para forzarles a ceder ante sus demandas. Esta desconexión entre el terrorismo en la teoría frente a la práctica invita a que se siga explorando e investigando esta cuestión en el futuro.

En primer lugar, los nuevos estudios deben investigar los efectos del terrorismo. El debate actual sobre si el terrorismo es eficaz es reduccionista. El terrorismo es claramente

**El «rompecabezas del terrorismo» es saber responder a la pregunta de por qué hay grupos que atacan a civiles cuando esta práctica suele ser por lo general contraproducente a nivel político.**

eficaz en algunos aspectos, pero no en otros. Los grupos terroristas poseen dos tipos de objetivos: de proceso y de resultado. Los objetivos de proceso tienen como finalidad sustentar al grupo a través de varias vías: atraer la atención de los medios de comunicación, frustrar los procesos de paz que amenazan a la organización e impulsar la captación de miembros y la confianza, a menudo mediante la provocación de una reacción excesiva de los gobiernos. Los objetivos de resultado de los terroristas, por el contrario, son sus fines declarados, como por ejemplo la retirada de bases extranjeras de Grecia o el establecimiento del islamismo en la India como ideología oficial. Una diferencia importante entre los objetivos de proceso y los de resultado es que, a diferencia de los primeros, los segundos exigen el cumplimiento por parte del Gobierno objetivo de las exigencias en cuestión. En este sentido, la evidencia empírica sugiere que los actos de terrorismo son más eficaces a la hora de promover los objetivos de

---

3. Además, la literatura sobre la victimización de civiles indica, por lo general, que los ataques a la población civil son también contraproducentes para los gobiernos (Downes, 2007; Horowitz y Reiter, 2001; Kocher *et al.*, 2011; Pape 1996; Toft y Zhukov, 2012), los cuales suelen tener casi siempre un orden de magnitud mayor que el de los grupos terroristas.

proceso que los de resultado (véanse Abrahms, 2008 y 2012; Kydd y Walter, 2002; Mueller, 2006), en gran medida porque los países tienden a afianzar sus posturas políticas al enfrentarse al terrorismo. Las investigaciones futuras deben dilucidar las condiciones en las que los atentados terroristas dan buenos resultados, incluso como instrumento de coacción. Aunque anómalos, existen destacados casos históricos en los que los atentados terroristas rompieron con la tendencia general y consiguieron presionar con éxito a un Gobierno para que aceptara hacer concesiones (Rose *et al.*, 2007; Hoffman, 2015). Estas excepciones a la norma son importantes para entender las condiciones poco frecuentes en las que los terroristas consiguen inducir de forma satisfactoria el cumplimiento de sus demandas por parte de un Gobierno.

En segundo lugar, los teóricos de la negociación deberían considerar por qué el terrorismo reduce las probabilidades de que un Gobierno ceda a las exigencias pese a dotar de mayor credibilidad a las amenazas de actores no estatales. El hecho de que atacar a civiles sea también por lo general contraproducente a nivel político (Downes, 2007; Horowitz y Reiter, 2001; Kocher *et al.*, 2011; Pape, 1996; Toft y Zhukov, 2012) indica que el problema es inherente a la violencia en sí misma. De hecho, análisis previos de la teoría de la negociación han demostrado que esta no tiene capacidad de predicción (Snyder y Diesing, 2015 [1977]); los motivos por los que esto es así están por desarrollar. Chenoweth y Stephan (2011) sugieren que la no violencia presenta mejores resultados que la violencia porque el poder está en el número, y suelen ser más las personas que se suman a grupos no violentos que a violentos. Abrahms (2013) considera que los actores no estatales sufren un problema de compromiso creíble (*credible commitment*) cuando emplean el terrorismo, porque los países objetivo deducen –del extremismo de sus tácticas– que sus preferencias políticas son también extremas y, por lo tanto, imposibles de satisfacer. En definitiva, existen numerosos mecanismos que merman la utilidad estratégica del terrorismo como herramienta de coacción.

En tercer lugar, las investigaciones futuras deben alinear las teorías sobre terrorismo con la realidad. Este artículo destaca cómo el «modelo estratégico» se fundamenta en una base empírica poco estable. El «rompecabezas del terrorismo» es saber responder a la pregunta de por qué hay grupos que atacan a civiles cuando esta práctica suele ser por lo general contraproducente a nivel político. Quizá los terroristas son irracionales en el sentido de que sistemáticamente sobrevaloran el valor político de lanzar ataques indiscriminados contra civiles (Abrahms y Lula, 2012). O quizá dichos ataques se llevan a cabo con fines apolíticos (Abrahms, 2008; Abrahms y Potter, 2015). Los nuevos trabajos que se desarrollen deben servir para sondear las razones por las que los actores no estatales atacan a civiles teniendo en cuenta los escasos resultados políticos que esto ofrece.

## Referencias bibliográficas

- Abrahms, Max. «Why Terrorism Does Not Work». *International Security*, vol. 31, n.º 2 (otoño de 2006), p. 42-78.
- Abrahms, Max. «What terrorists really want: Terrorist motives and counterterrorism strategy». *International Security*, vol. 32, n.º 4 (primavera de 2008), p. 78-105.
- Abrahms, Max. «The political effectiveness of terrorism revisited». *Comparative Political Studies*, vol. 45, n.º 3 (marzo de 2012), p. 366-393.
- Abrahms, Max. «The Credibility Paradox: Violence as a Double Edged Sword in International Politics». *International Studies Quarterly*, vol. 57, n.º 4 (2013), p. 660-671.
- Abrahms, Max. «Why Terrorism Fails: A Discussion with Max Abrahms». *Covert Contact* (2015a), Episodio 16 (podcast) (en línea) <http://covertcontact.com/2015/03/16/why-terrorism-fails-a-discussion-with-max-abrahms-episode-16/>
- Abrahms, Max. «Why Groups Use Terrorism: A Reassessment of the Conventional Wisdom». *Political Violence at a Glance* (22 de abril de 2015b) (en línea) <http://politicalviolenceataglance.org/2015/04/22/why-groups-use-terrorism-a-reassessment-of-the-conventional-wisdom/>
- Abrahms, Max y Gottfried, Matthew S. «Does Terrorism Pay? An Empirical Analysis». *Terrorism and Political Violence* (2014), p. 1-18.
- Abrahms, Max y Lula, Karolina. «Why Terrorists Overestimate the Odds of Victory». *Perspectives on Terrorism*, vol. 6, n.º 4-5 (octubre de 2012), p. 46-62.
- Abrahms, Max y Potter, Philip BK. «Explaining terrorism: Leadership deficits and militant group tactics». *International Organization*, vol. 69, n.º 2 (2015), p. 311-342.
- Asal, Victor y Rethemeyer, R. Karl. «The Nature of the Beast: Organizational Structures and the Lethality of Terrorist Attacks». *Journal of Politics*, vol. 70, n.º 2 (2008), p. 437-449.
- Baldwin, David A. «The Sanctions Debate and the Logic of Choice». *International Security*, vol. 24, n.º 3 (invierno de 2000), p. 80-107.
- Berger, J. M. y Morgan, Jonathon. «The ISIS Twitter Census: Defining and describing the population of ISIS supporters on Twitter». *The Brookings Project on US Relations with the Islamic World*, Analysis Paper n.º 20. Washington: Center for Middle East Policy at BROKINGS, 2015.
- Berman, Eli y Laitin, David D. «Religion, Terrorism and Public Goods: Testing the Club Model». *Journal of Public Economics*, vol. 92, n.º 10-11 (octubre de 2008), p. 1942-1967.

- Berrebi, Claude. «The Economics of Terrorism and Counterterrorism: What Matters and Is Rational-Choice Theory Helpful?», en: Davis, Paul K. y Cragin, Kim (eds.). *Social Science for Counterterrorism: Putting the Pieces Together*. Santa Monica, CA: RAND, 2009, p. 151-207.
- Berrebi, Claude y Klor, Esteban F. «Are Voters Sensitive to Terrorism: Direct Evidence from the Israeli electorate». *American Political Science Review*, vol. 102, n.º 3 (agosto de 2008), p. 279-301.
- Berry, Nicholas O. «Theories on the Efficacy of Terrorism». *Journal of Conflict Studies*, vol. 7, n.º 1 (invierno de 1987), p. 7-20.
- Byman, Daniel y Waxman, Matthew. *The Dynamics of Coercion: American Foreign Policy and the Limits of Military Might*. Nueva York: Cambridge University Press, 2002.
- Chenoweth, Erica y Lawrence, Adria. «Mobilization and Resistance: A Framework for Analysis», en: Chenoweth, Erica y Lawrence, Adria (eds.). *Rethinking Violence: States and Non-State Actors in Conflict*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 2010.
- Chenoweth, Erica y Stephan, Maria J. *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*. Nueva York: Columbia Press, 2011.
- Chenoweth, Erica; Miller, Nicholas y McClellan, Elizabeth. «Correspondence: What Makes Terrorists Tick». *International Security*, vol. 33, n.º 4 (primavera de 2009), p. 180-202.
- Chowanietz, Christophe. «Rallying Around the Flag or Railing Against the Government? Political Parties' Reactions to Terrorist Acts». *Party Politics*, vol. 17, n.º 5 (2011), p. 673-698.
- Comisión del 11-S. *The 9/11 Commission Report*. Estados Unidos, 2004 (en línea) <http://govinfo.library.unt.edu/911/report/911Report.pdf>
- Cordes, Bonnie; Hoffman, Bruce; Jenkins, Brian Michael; Kellen, Konrad; Moran, Sue y Sater, William. *Trends in International Terrorism, 1982 and 1983*. Santa Monica, CA: RAND, 1984.
- Crenshaw, Martha (ed.). *Terrorism, Legitimacy, and Power: The Consequences of Political Violence*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 1983.
- Crenshaw, Martha. «Theories of terrorism: Instrumental and organizational approaches». *The Journal of strategic studies*, vol. 10, n.º 4 (1987), p. 13-31.
- Crenshaw, Martha. «The Logic of Terrorism: Terrorist Behavior as a Product of Strategic Choice», en: Reich, Walter (ed.). *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*. Washington, DC: Woodrow Wilson Center Press, 1998, p. 7-24.
- Cronin, Audrey Kurth. *How Terrorism Ends: Understanding the Decline and Demise of Terrorist Campaigns*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009.
- Cronin, Audrey Kurth. «ISIS Is Not a Terrorist Group: Why Counterterrorism

- Won't Stop the Latest Jihadist Threat». *Foreign Affairs*, vol. 94, n.º 2 (marzo-abril de 2015), p. 87-98.
- Datnphousse, Kelly R.; Smith, Brent L. y Sellers, Amy. «The targets and intended victims of terrorist activities in the United States», en: Das, Dilip K. y Kratcoski, Peter C. (eds.). *Meeting the challenges of global terrorism: Prevention, control, and recovery*. Lanham: Lexington Books, 2003.
- DeNardo, James. *Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1985.
- Dershowitz, Alan. *Why Terrorism Works: Understanding the Threat, Responding to the Challenge*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 2002.
- Downes, Alexander B. «Draining the sea by filling the graves: investigating the effectiveness of indiscriminate violence as a counterinsurgency strategy». *Civil Wars*, vol. 9, n.º 4 (diciembre de 2007), p. 420-444.
- Eilstrup-Sangiovanni, Mette y Jones, Calvert. «Assessing the Dangers of Illicit Networks: Why al-Qaida May Be Less Threatening Than Many Think». *International Security*, vol. 33, n.º 2 (otoño de 2008), p. 7-44.
- Fearon, James. «Signaling Versus the Balance of Power and Interests: An Empirical Test of a Crisis Bargaining Model». *Journal of Conflict Resolution*, vol. 38, n.º 2 (1994a), p. 236-269.
- Fearon, James. «Domestic Political Audiences and the Escalation of International Disputes». *American Political Science Review*, vol. 88, n.º 3 (1994b), p. 577-592.
- Fearon, James. D. «Rationalist Explanations for War». *International Organization*, vol. 49, n.º 3 (verano de 1995), p. 379-414.
- Fortna, Virginia Page. «Do Terrorists Win? Rebels' Use of Terrorism and Civil War Outcomes». *International Organization*, vol. 69, n.º 03 (2015), p. 519-556.
- Fromkin, David. «The Strategy of Terrorism». *Foreign Affairs*, vol. 53, n.º 4 (1975), p. 683-698.
- Gaibullov, Khusrav y Sandler, Todd. «Hostage Taking: Determinants of Terrorist Logistical and Negotiation Success». *Journal of Peace Research*, vol. 46, n.º 9 (2009), p. 739-756.
- Gambetta, Diego. «Can We Make Sense of Suicide Missions?», en: Gambetta, Diego (ed.). *Making Sense of Suicide Missions*. Oxford: Oxford University Press, 2005, p. 259-300.
- George, Alexander. *Forceful Persuasion: Coercive Diplomacy as an Alternative to War*. Washington, D.C.: United States Institute of Peace, 1991.
- Getmansky, Anna y Sinmazdemir, Tolga. «Success Breeds Failure: The Effect of Terrorist Attacks on Land Control in the Israeli-Palestinian Conflict». APSA 2012 Annual Meeting Paper, 2012.

- Goldberg, Jeffrey. «Pamela Geller, Clinical Paranoid». *The Atlantic* (11 de octubre de 2010) (en línea) <http://www.theatlantic.com/politics/archive/2010/10/pamela-geller-clinical-paranoid/64355/>
- Goodwin, Jeff. «A Theory of Categorical Terrorism». *Social Forces*, vol. 84, n.º 4 (2006), p. 2.027-2.046.
- Gould, Eric D. y Klor, Esteban F. «Does Terrorism Work?». *Quarterly Journal of Economics*, vol. 125, n.º 4 (2010), p. 1.459-1.510.
- Gould, Roger V. *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*. Chicago: University of Chicago, 1995.
- Gurr, Ted Robert. «Empirical Research on Political Terrorism», en: Slater, Robert O. y Stohl, Michael (eds.). *Current Perspectives on International Terrorism*. Basingstoke: Macmillan, 1988, p. 115-154.
- Hoffman, Bruce. *Anonymous Soldiers: The Struggle for Israel, 1917-1947*. Nueva York: Knopf, 2015.
- Hoffman, Bruce y McCormick, Gordon H. 2004. «Terrorism, Signaling and Suicide Attack». *Studies in Conflict and Terrorism*, vol. 27, n.º 4 (2004), p. 243-281.
- Horowitz, Michael C. «Nonstate Actors and the Diffusion of Innovations: The Case of Suicide Terrorism». *International Organization*, vol. 64, n.º 1 (enero de 2010), p. 33-64.
- Horowitz, Michael y Reiter, Dan. «When Does Aerial Bombing Work? Quantitative Empirical Tests, 1917-1999». *Journal of Conflict Resolution*, vol. 45, n.º 2 (abril de 2001), p. 147-173.
- Hultman, Lisa. «Killing Civilians to Signal Resolve: Rebel Strategies in Intrastate Conflicts». Paper presentado en el *Annual Meeting of the American Political Science Association*, Washington D.C., 3 de septiembre de 2005.
- Jenkins, Brian Michael. «The Study of Terrorism: Definitional Problems». Paper presentado en el *Institute of Management Sciences and Operations Research Society of America*, Nueva York, 3 de mayo de 1978.
- Jones, Seth y Libicki, Martin. *How Terrorist Groups End: Lessons for Countering Al-Qaeda*. Santa Monica, CA: RAND, 2008.
- Kalyvas, Stathis y Kocher, Matthew. «How “Free” is Free Riding in Civil Wars? Violence, Insurgency, and the Collective Action Problem». *World Politics*, vol. 59, n.º 2 (enero de 2007), p. 177-216.
- Kocher, Matthew Adam; Pepinsky, Thomas B. y Kalyvas, Stathis N. «Aerial bombing and counterinsurgency in the Vietnam War». *American Journal of Political Science*, vol. 55, n.º 2 (abril de 2011), p. 201-218.
- Kydd, Andrew y Walter, Barbara F. «Sabotaging the Peace: The Politics of Extremist Violence». *International Organization*, vol. 56, n.º 2 (primavera de 2002), p. 263-296.

- Kydd, Andrew y Walter, Barbara F. «The Strategies of Terrorism». *International Security*, vol. 31, n.º 1 (verano de 2006), p. 49-80.
- Lake, David A. «Rational Extremism: Understanding Terrorism in the Twenty-First Century». *Dialogue-IO*, vol. 1, n.º 1 (2002), p. 15-29.
- Lake, David A. «Authority, Coercion, and Power in International Relations». Paper presentado en el *Annual Meeting of the American Political Science Association*, Washington, DC, 2-5 de septiembre de 2010.
- Lapan, Harvey E. y Sandler, Todd. «Terrorism and Signaling». *European Journal of Political Economy*, vol. 9, n.º 3 (agosto de 1993), p. 383-397.
- Laqueur, Walter. «The futility of terrorism». *Harper's*, vol. 252, n.º 1.510 (1976), p. 99-105.
- Lebow, Richard Ned. «Thomas Schelling and Strategic Bargaining». *International Journal*, vol. 51, n.º 3 (verano de 1996), p. 555-576.
- McCants, William. *The ISIS Apocalypse: The History, Strategy and Doomsday Vision of the Islamic State*. Nueva York: St. Martin, 2015.
- Moghadam, Assaf. «Suicide Terrorism, Occupation, and the Globalization of Martyrdom: A Critique of Dying to Win». *Studies in Conflict and Terrorism*, vol. 29, n.º 8 (2006), p. 707-729.
- Morrow, James D. «The Strategic Setting of Choices: Signaling, Commitment, and Negotiation in International Politics», en: Lake, David y Powell, Robert (eds.). *Strategic Choice in International Relations*. Princeton: Princeton University Press, 1999.
- Mueller, John. *Overblown: How Politicians and the Terrorism Industry Inflate National Security Threats and Why We Believe Them*. Nueva York: Free Press, 2006.
- Overgaard, Per Baltzer. «The Scale of Terrorist Attacks as a Signal of Resources». *Journal of Conflict Resolution* 38, n.º 3 (septiembre de 1994), p. 452-478.
- Pape, Robert A. *Bombing to Win: Air Power and Coercion in War*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1996.
- Pape, Robert A. «The Strategic Logic of Suicide Terrorism». *American Political Science Review*, vol. 97, n.º 3 (2003), p. 343-361.
- Pape, Robert A. *Dying to Win: The Strategic Logic of Suicide Terrorism*. Nueva York: Random House, 2005.
- Pape, Robert A. y Feldman, James K. *Cutting the fuse: The explosion of global suicide terrorism and how to stop it*. University of Chicago Press, 2010.
- Powell, Robert. «Crisis Bargaining, Escalation, and MAD». *American Political Science Review*, vol. 81, n.º 3 (septiembre de 1987), p. 717-735.
- Powell, Robert. *Nuclear Deterrence Theory: The Search for Credibility*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

- Rose, William; Murphy, Rysia y Abrahms, Max. «Correspondence: Does Terrorism Ever Work? The 2004 Madrid Train Bombings». *International Security*, vol. 32, n.º 1 (verano de 2007), p. 185-192.
- Schelling, Thomas C. *The Strategy of Conflict*. Cambridge, MA: Harvard, 1960.
- Schelling, Thomas C. *Arms and Influence*. New Haven, Conn.: Yale, 1966.
- Schelling, Thomas C. «What Purposes Can International Terrorism Serve?», en: Frey, Raymond Gillespie y Morris, Christopher W. (eds.). *Violence, Terrorism, and Justice*. Nueva York: Cambridge University Press, 1991, p. 18-32.
- Schmid, Alex P. y Jongman, Albert. *Political Terrorism: A New Guide to Actors, Authors, Concepts, Data Bases, Theories and Literature*. New Brunswick, N.J.: Transaction Books, 1988.
- Siegel, David A. y Young, Joseph K. «Simulating Terrorism: Credible Commitment, Costly Signaling, and Strategic Behavior». *PS: Political Science and Politics*, vol. 42, n.º 4 (octubre de 2009), p. 765-771.
- Slantchev, Branislav L. «Military Coercion in Interstate Crises». *American Political Science Review*, vol. 99, n.º 4 (noviembre de 2005), p. 533-547.
- Snyder, Glenn H. y Diesing, Paul. *Conflict among Nations: Bargaining, Decision Making, and System Structure in International Crises*. Princeton, N.J.: Princeton, 2015 [1977].
- Taylor, Bron. «Religion, Violence and Radical Environmentalism: From Earth First! to the Unabomber to the Earth Liberation Front». *Terrorism and Political Violence*, vol. 10, n.º 4 (1998), p. 1-42.
- Toft, Monica Duffy y Zhukov, Yuri M. «Denial and punishment in the North Caucasus Evaluating the effectiveness of coercive counter-insurgency». *Journal of Peace Research*, vol. 49, n.º 6 (2012), p. 785-800.
- Walter, Barbara F. «Bargaining Failures and Civil War». *Annual Review of Political Science*, vol. 12 (2009), p. 243-261.
- Weinstein, Jeremy. *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*. Nueva York: Cambridge University Press, 2007.
- Wilkinson, Paul. *Terrorism and the Liberal State*. Nueva York: New York University Press, 1986.
- Wood, Reed M. y Kathman, Jacob D. «Too much of a bad thing? Civilian victimization and bargaining in civil war». *British Journal of Political Science*, vol. 44, n.º 03 (2014), p. 685-706.